



DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN
Celeste Soledad Gonzalía

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS E ILUSTRACIONES
Gio Fornieles

COLECCIÓN 2018 - CUENTO Nº 3

*Ser, y
contar*

3

LA MANA

Adaptación del cuento de Guy de Maupassant



material docente
AMCDA

Estaban en círculo en torno al señor Bermutier, Juez de Instrucción, que daba su opinión sobre el misterioso suceso de Saint-Cloud. Desde hacía un mes, aquel inexplicable crimen conmovía a París. Nadie entendía nada del asunto.

Varias mujeres se estremecían, vibraban, crispadas por su miedo curioso, por la ansiosa e insaciable necesidad de espanto que atormentaba su alma; las torturaba como el hambre.

Una de ellas, más pálida que las demás, dijo durante un silencio:

—Es horrible. Esto roza lo sobrenatural. Nunca se sabrá nada.

El magistrado se dio la vuelta hacia ella:

—Sí, señora, es probable que no se sepa nunca nada. En cuanto a la palabra sobrenatural que acaba de emplear, no tiene nada que ver con esto. Yo, antaño, tuve que encargarme de un suceso donde verdaderamente parecía que había algo fantástico. Por lo demás, tuvimos que abandonarlo, por falta de medios para esclarecerlo.

Varias mujeres dijeron a la vez, tan de prisa que sus voces no fueron sino una:

—¡Oh! Cuéntenoslo.

El señor Bermutier prosiguió:

—En el suceso que voy a contarles, fueron sobre todo las circunstancias preparatorias las que me turbaron.

En fin, estos son los hechos:

Entonces era Juez de Instrucción en una pequeña ciudad que se extiende al borde de un golfo rodeado por todas partes por altas montañas.

Ahora bien, me enteré un día de que un inglés acababa de alquilar para varios años un pequeño chalet en el fondo del golfo. Había traído con él a un criado francés, a quien había contratado al pasar por Marsella.

Pronto todo el mundo se interesó por aquel singular personaje, que vivía solo en su casa y que no salía sino para cazar y pescar. No hablaba con nadie, no iba nunca a la ciudad, y cada mañana se entrenaba durante una o dos horas en disparar con la pistola y la carabina. Se crearon leyendas entorno a él... se afirmó que se escondía tras haber cometido un espantoso crimen.

Quise, en mi calidad de Juez de Instrucción, tener algunas informaciones sobre aquel hombre; pero me fue imposible enterarme de nada. Se hacía llamar sir John Rowell.

Me contenté pues con vigilarle de cerca; pero, en realidad, no me señalaban nada sospechoso respecto a él. Sin embargo, al seguir, aumentar y generalizarse los rumores, decidí intentar ver por mí mismo al extranjero, y me puse a cazar con regularidad en los alrededores de su casa.

Esperé durante mucho tiempo una oportunidad. Se presentó finalmente: maté una perdiz delante de las narices del inglés. Fui a excusarme por mi inconveniencia y a rogar a sir John Rowell que aceptara el pájaro muerto.



Era un hombre grande con el pelo rojo, la barba roja, muy alto, muy ancho, una especie de Hércules plácido y cortés. Al cabo de un mes habíamos charlado unas cinco o seis veces. Finalmente una noche, cuando pasaba por su puerta, lo vi en el jardín, fumando su pipa, a horcajadas sobre una silla. Lo saludé y me invitó a tomar una cerveza.

Entonces, con grandes precauciones y como si fuera resultado de un interés muy vivo, le hice unas preguntas sobre su vida y sus proyectos. Contestó sin apuros y me contó que había viajado mucho por África, la India y América. Me dio los detalles más curiosos sobre la caza del hipopótamo, del tigre, del elefante e incluso la del gorila.

Dije:

—Todos esos animales son temibles.

Sonrió:

—¡Oh, no! El más malo es el hombre.

He cazado mucho al hombre también.

Después habló de armas y me invitó a entrar en su casa para enseñarme escopetas con diferentes sistemas. Su salón estaba tapizado, de seda negra bordada con oro. Pero, en el centro del panel más amplio, una cosa extraña atrajo mi mirada. Sobre un cuadrado de terciopelo rojo se destacaba un objeto rojo. Me acerqué: era una mano, una mano de hombre.

Alrededor de la muñeca una enorme cadena de hierro, remachada, soldada a aquel miembro desaseado, la sujetaba a la pared con una argolla bastante fuerte como para llevar atado a un elefante. Pregunté:

—¿Qué es esto?

El inglés contestó tranquilamente:

—Era mejor enemigo de mí. Era de América. Ello había sido cortado con el sable y arrancado la piel con un piedra cortante, y secado al sol durante ocho días.



¡Aoh, muy buena para mí, ésta.

Era horroroso ver esa mano, despellejada de esa manera; recordaba inevitablemente alguna venganza de salvaje. Dije:

—Ese hombre debía de ser muy fuerte.

El inglés espondió con dulzura:

—Aoh, yes; pero fui más fuerte que él. Yo había puesto esa cadena para sujetarle.

Creí que bromeaba.

Dije:

—Ahora esta cadena es completamente inútil, la mano no se va a escapar.

Sir John Rowell prosiguió con tono grave:

—Ella siempre quería irse. Ese cadena era necesaria.

Con una ojeada rápida, escudriñé su rostro, preguntándome: "¿Estará loco o será un bromista pesado?"

Volví varias veces a su casa. Después dejé de visitarlo. La gente se había acostumbrado a su presencia; ya no interesaba a nadie. Transcurrió un año entero; una mañana, hacia final de noviembre, mi criado me despertó anunciándome que Sir John Rowell había sido asesinado durante la noche.

Media hora más tarde entraba en casa del inglés con el comisario jefe y el capitán de la gendarmería. El criado, enloquecido y desesperado, lloraba delante de la puerta.

Cuando entré en el salón de Sir John, al primer vistazo distinguí el cadáver extendido boca arriba, en el centro del cuarto.

¡El inglés había muerto estrangulado! Su rostro negro e hinchado, pavoroso, parecía expresar un espanto abominable; llevaba algo entre sus dientes apretados.

Un médico se unió a nosotros. Examinó durante mucho tiempo las huellas de dedos en la carne y dijo estas extrañas palabras: —Parece que lo ha estrangulado un esqueleto.

Un escalofrío me recorrió la espalda y eché una mirada hacia la pared, en el lugar donde otrora había visto la horrible mano des- pellejada. Ya no estaba allí. La cadena, quebrada, colgaba. Entonces me incliné hacia el muerto y encontré en su boca cris- pada uno de los dedos de la desaparecida mano.

Ésta es, en pocas palabras, la declaración del criado: —Desde hacía un mes mi amo parecía estar agitado.

A menudo, preso de una ira que parecía demencia, tomando una fusta, había golpeado con furor aquella mano reseca, y que había desaparecido, no se sabe cómo, en la misma hora del crimen.

Comuniqué lo que sabía del muerto a los otros magis- trados y a los funcionarios de la fuerza pública, y se llevó a cabo en toda la isla una investigación minuciosa. No se descubrió nada.

Ahora bien, tres meses después del crimen, una noche, tuve una pesadilla horrorosa. Me pareció que veía la mano, la horrible mano, correr como un escorpión o como una araña a lo largo de mis cortinas y de mis paredes.

Al día siguiente me la trajeron; la habían encontrado en el cemen- terio, sobre la tumba de sir John Rowell; lo habían enterrado allí, ya que no habían podido descubrir a su familia. Faltaba el índice. Ésta es, señoras, mi historia. No sé nada más.

Una de ellas exclamó: —¡Pero esto no es un desenlace, ni una explicación! No vamos a poder dormir si no nos dice lo que según usted ocurrió.

El Juez sonrió con severidad: —Ya les había dicho que mi explicación no les gustaría.

